

## *Una introducción externa e interna a la figura de Pablo, constructor del Cristianismo*

John Shelby Spong

### **3ª Parte. Aproximación interna al Pablo de después de la conversión, sobre todo**

Muchas veces en mi vida me he encontrado con fanáticos religiosos. El contenido de su fanatismo varía considerablemente pero el tono emocional es muy similar. Se envuelven firmemente en su versión de una verdad indiscutible. Su sistema religioso los provee de un escudo de seguridad que les permite esconder tras él lo que no pueden afrontar. Esto que no pueden afrontar los fanáticos religiosos puede ser su propio lado oscuro. Puede ser un sentimiento de soledad radical, en un universo hostil, que los llega a obsesionar histéricamente a no ser que encuentren el mecanismo religioso que los ayude a sobrellevar las situaciones embarazosas. Puede ser una falta de confianza en sí mismos que tratan de rellenar y de remediar con un sistema religioso de creencias. Los fanáticos religiosos se enfurecen casi siempre cuando sus sistemas se cuestionan.

Recuerdo muy bien a un joven evangélico al que conocí en un país de habla inglesa y que parecía seguirme a donde quiera que fuera en la capital de aquel país. Casi en cada charla o en cada conferencia, trataba de atacar mi integridad personal, interrumpía mi exposición con comentarios hostiles y, al terminar, trataba frenéticamente de que se le diese la palabra para hacer que mis oyentes escucharan su verdad. Se le veía estar en su salsa cuando defendía la versión literal de los evangelios, la condición de testigo ocular de cualquiera de los evangelistas, o cuando rechazaba los descubrimientos de Darwin.

Me evocaba lo que el joven y rígido Pablo debió de parecer ser en su juventud: frágil, asustado, aferrado a una defensa que no podía por menos que manifestar agresivamente. Estaba claro que aquel joven evangélico, al igual que Pablo, no podía admitir ni tolerar que yo pudiera tener razón. Dicha posibilidad hubiera significado que él estaba equivocado y, de ser así, la totalidad de su sistema de seguridad se habría colapsado y venido abajo, y él habría tenido que afrontar justo aquello que aquel sistema de seguridad le ocultaba, hasta el punto de hacerle creer que ya había desaparecido.

Tal era la amenaza que representaban, para Pablo, los judíos que seguían a Jesús de Nazaret. Los judíos que se tornaban "cristianos" (aún no se había inventado este apelativo) relativizaban las exigencias de la Ley. Afirmaban que la clave de la relación con Dios eran la libertad y la gracia. En el centro de su mensaje estaba la creencia de que Dios los amaba tal como eran, no tal como la Ley les decía que tenían que ser. Esto representaba para Pablo una aterradora idea de vacuidad. Cristo había muerto por todos aun siendo pecadores –afirmaban los cristianos. Dios no requería que antes de acercarse a él se purificaran y se perfeccionaran cumpliendo las directrices de la Tora.

Aquello era una afirmación que perturbaba profundamente a Pablo. Porque Pablo, de lo que estaba seguro, era que Dios no podía amarlo. Y estaba seguro además de que, si soltaba los lazos con los que se había atado a la Ley, sus pasiones demoníacas saltarían sobre él y lo consumirían. Como consecuencia, la simple existencia de aquellos judíos a los que la gente llamaba seguidores del “camino” suponía una auténtica amenaza para todo el sistema de seguridad de Pablo <sup>17</sup>. Por eso Pablo, al principio, trató de ignorarlos. Pero, como parecían crecer y progresar sin parar, entonces, la libertad de aquella gente empezó a significar, cada vez más, un peligro real para él.

No obstante, desde otro punto de vista, el cristianismo debió de ser también atractivo para Pablo. Sin embargo, sospecho que Pablo, tan pronto como intuyó esta atracción, debió de cerrar la puerta a semejante idea. Pablo debió de considerar este atractivo como una tentación más del diablo que siempre lo llevaba a donde él era más vulnerable. Por eso, la suma de aquellos dos elementos (por un lado, el poder creciente del movimiento cristiano y, por otro, lo inaceptable de lo atractivo que le resultaba la libertad que los cristianos anunciaban) acabó por llevar a Pablo a identificar a los cristianos como la mayor amenaza contra todo lo que él valoraba y necesitaba tanto. Si ellos tenían éxito, Pablo se hundiría; si ellos tenían razón, Pablo estaría equivocado; si ellos prevalecían, Pablo acabaría destruido.

En todas las Cartas hay indicios de por qué Pablo sintió esta amenaza tan profundamente, antes de convertirse. Debido al recuerdo de este sentimiento suyo, anterior a su conversión, Pablo, siendo ya cristiano, veía a los cristianos y a sí mismo como impostores, desconocidos, moribundos y afligidos que, sin embargo, eran portadores del bien: "Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos, los penados nunca ajusticiados, los afligidos siempre alegres, los pobretones que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen" (2ª Cor. 6:9-10).

Palabras como éstas son propias de quien sabe que lo que él es ahora resulta inaceptable y por consiguiente merecedor de castigo y de muerte para los que no son como él y son, aún, la mayoría de su sociedad y de su pueblo. ¿De dónde, si no, podrían venir tales sentimientos sino de alguien que había sido tan devoto de la Tora como él lo fue antes? Pablo había dicho del hombre ante la Ley: «Lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, esto es lo que hago... Pero no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí. Sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo» (Rom, 7:15ss). Y Pablo se consolaba a sí mismo argumentando en conclusión: ya que “no lo hago yo, sino el pecado que está en mí” (Rom. 7:20), debo ser exonerado de ello.

En mi opinión, estas palabras tuyas son profundamente reveladoras del interior de Pablo así como de su proceso, desde el judaísmo y desde la Ley, hasta el cristianismo y la libertad de sentirse aceptado por Dios tal como se es. Porque Pablo continúa con una palabra y con una frase que son muy reveladoras. Este pecado, afirma él, “está en mis miembros” (Rom. 7:23). La palabra griega que utiliza Pablo aquí es “*melos*”, que significa una parte o un apéndice del cuerpo. Sus miembros, argumenta, no obedecen a su mente, que es la que procesa la Ley. Salvo en momentos de ira o de pánico, en que los brazos o las piernas pueden parecernos obrar por su cuenta, lo más frecuente es que

sea otra parte u otro apéndice del cuerpo masculino el que desobedece a la mente. Por eso Pablo insta a sus seguidores a no presentar sus miembros “como instrumentos de iniquidad”, y añade: “así ahora para santificación, presentad vuestros miembros para servir a la justicia” (Rom. 6:13, 19). La excitación sexual no puede controlarse siempre y la potencia sexual no puede lograrse siempre por una acción mental deliberada. Pablo lo sabía pero, como carecía de otras categorías explicativas, y las fantasías y deseos homosexuales eran anatema para él, se vio comprometido en una guerra espiritual contra unos poderes y unos principados que no se regían por los controles de la Tora. Por eso habló con hostilidad y con repulsión de su carne y de sus deseos pese a su conversión. “Consideraos muertos al pecado”, escribió a los romanos (6:11). “Soy carnal”, dijo, y “vendido al pecado” (Rom. 7:14). “Yo sé que en mí –esto es, en mi carne– no habita el bien”, declaró (Rom. 7:18). “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom. 7:24). En otros lugares, Pablo dijo asimismo: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre” (1ª Cor. 9:27). Escribió a los Gálatas instándoles a no satisfacer los deseos de la carne (5:16), y describió luego las obras de la carne en una larga lista en cuyo comienzo estaban los pecados del sexo y no otros: “adulterio, fornicación, inmundicia y lujuria” (5:19).

Frente a este debate del Pablo de antes de la conversión, el cual que aún duraba como mentalidad en él, los judíos cristianos eran quienes habían relajado el control sobre lo que él describía como los “temores de dentro” (2ª Cor. 7:5). La existencia de judíos que fueran cristianos cuestionaba su sistema de control y, en consecuencia, amenazaba su capacidad para mantener reprimidos sus demonios homosexuales. Como muchos gais profundamente controlados y reprimidos a lo largo de los siglos, Pablo partió para perseguir y para hacer desaparecer a aquellos cuya existencia amenazaba destruir su propia fortaleza y apariencia. Por eso estalló su personalidad y se convirtió en perseguidor. Según sus propias palabras: “perseguía *sobremanera* a la iglesia de Dios y la *asolaba*” (Gal. 1:13). Nadie persigue algo con tanta saña si no se siente amenazado profundamente por ello y, a la vez, sutilmente atraído también por ello. Si Pablo hubiese podido destruir el cristianismo, sus defensas hubieran permanecido intactas. Pero, si el cristianismo demostraba su poder y removía aquellas defensas y hacía que su persona, asustada, temerosa, temblorosa y que vivía sometida, quedara al descubierto, dicha persona podría verse conducida hacia un acto violento y tal vez hasta el suicidio. Porque esta clase de revelación de sí mismo, Pablo la consideraba suficiente como para hacer de él alguien indigno de seguir viviendo.

La única alternativa a esta autodestrucción suya y a su consiguiente afán de exterminar a los que anunciaban lo que para él era una amenaza, era una conversión de sí mismo en toda regla. Pero ésta sólo podía darse si él podía comprender que su propia autorrevelación no lo iba a hacer rechazable o inaceptable, es decir, si caía en la cuenta, con la evidencia de una luz como la de un rayo, de que nada, ni en las alturas ni en las profundidades, podría separarlo del amor de Dios (Rm. 8:31-39) porque "nada es impuro de por sí" sino que sólo es "impuro para el que lo tiene por tal, y nada más" (Rm. 14:14).

Si consideramos el número de años en que Pablo se había escondido de sí mismo y de los demás, lleno de temor, comprenderemos que su conversión al evangelio tenía que

ser, inevitablemente, una experiencia traumática, cegadora y radicalmente reorientadora. Durante tanto tiempo hemos leído la Biblia sin atender a lo psicológico que nos parece casi inapropiado leer ahora sus páginas desde este punto de vista. Pero debemos hacerlo. Una personalidad persecuidora es reveladora de profundos conflictos psicológicos y una conversión violenta es señal de que dicho conflicto estaba llegando a una solución que, sin embargo, iba a resultar inesperada para él mismo.

¿Qué indicios nos da el propio Pablo acerca de su conversión? Pablo no dijo en sus Cartas nada ni sobre el camino de Damasco y su experiencia en él, ni sobre Ananías, que fue, según Lucas, quien después se ocupó de él y lo bautizó. Lucas creó toda esta historia más de treinta años después de la muerte de Pablo, el cual, por tanto, no pudo ni corroborar su verdad ni tampoco desautorizarla. Sin embargo, lo que el convertido Pablo sí que dijo en sus Cartas fue qué significó para él aquella conversión. Pablo se unió a los convertidos que “son *de* Cristo” (1ª Cor. 3:23); y lo hizo hasta el punto de afirmar que, “si estamos *locos*, es para Dios” (2ª Cor. 5:13). Pablo insistió, primero, en que “Cristo murió por todos”, es decir, para que todos pudiesen vivir “para aquél que murió y resucitó por ellos” (2ª Cor. 5:15); y, segundo, también insistió en que el “hombre viejo” está crucificado con Cristo y está unido a él en la resurrección (Rom. 6:5-6). Por eso, Pablo se consideró muerto para el pecado y vivo para Dios (Rom. 6:11). El pecado ya no reinaba en su cuerpo para hacerle obedecer a sus apetitos (Rom. 6:12); y proclamó que, así como antes sus “miembros” eran esclavos de la impureza, ahora lo eran de la justicia (Rom. 6:19). “Cogido por Cristo Jesús” (Filip. 3:12), ya “nada podrá separarlo del amor de Dios” (Rom. 8:39). Porque “el amor de Cristo lo constriñe y lo controla” (2ª Cor. 5:14) y, según él, “todo aquél que cree en Jesús no será defraudado” (Rom. 10:11).

¿Cómo fue, pues, la conversión de Pablo? Ya que él no relató su experiencia, podemos especular acerca de ella. ¿Escribió acaso sobre su conversión cuando dijo: “Conozco un hombre en Cristo que, hace catorce años, fue arrebatado hasta el tercer cielo (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; sólo Dios lo sabe)” (2ª Cor. 12:2)? ¿O quizás lo hizo cuando dijo que, cuando alguien se convierta al Señor, “el velo será quitado” (2ª Cor. 3:16)? ¿Aludió quizás a su conversión cuando dijo que Dios “es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2ª Cor. 4:6)? Pablo creía que la gracia de Cristo le había sido dada y no era obra suya el acceso a ella. Era la acción de la iniciativa de Dios la que lo convenció de que no había condenación, y no sólo para él sino para todos “los que están en Cristo Jesús” (Rom. 8:1). De forma muy reveladora, Pablo afirmó que ni siquiera su “desnudez” lo podría separar del amor de Dios hacia él (e interpreto “desnudez” en el sentido de que ni siquiera los secretos de su cuerpo, incluso si fueran completamente manifiestos, podrían separarlo del amor de Dios). En esto, Pablo se declaró a sí mismo más que vencedor “por medio de aquél que nos amó” (Rom. 8:35-37).

Sospecho que, más tarde, Lucas tomó estas pistas de Pablo y creó con ellas el relato de la experiencia mística en el camino de Damasco. Creo que su relato es psicológicamente acertado aunque no sea literalmente histórico. Lucas retrata un Pablo que “asolaba la iglesia”, que entraba casa por casa, que arrastraba a los hombres y a las

mujeres, y que los enviaba a la cárcel (Hechos 8:3). Luego lo describe “respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor” (Hechos 9:1). Y justo entonces es cuando, de pronto, llega la conversión: “Repentinamente lo rodeó un resplandor de luz proveniente del cielo y, cayendo en tierra, oyó una voz” (Hechos 9:3-4). Pablo supo enseguida que era la voz de “Jesús, a quien tú persigues” (Hechos 9:5). Quienes iban con él no vieron nada (Hechos 9:7) y Pablo tampoco pudo ver nada pues al instante quedó ciego. Así que lo llevaron a Damasco, donde, durante tres días, vivió en la oscuridad y sin comer ni beber (Hechos 9:8-9). Su retorno a la normalidad evoca, al menos en el plazo de tiempo, la resurrección del Señor, que también vivió tres días en la oscuridad de la muerte. Después, una visión lo avisó de que un tal Ananías vendría para devolverle la vista. Cuando Ananías llega, Lucas dice que cayeron unas como escamas de los ojos de Pablo y que éste recobró la visión, fue bautizado y el Espíritu Santo lo embargó (Hechos 9:10-19).

Tal fue la versión de Lucas de lo que le ocurrió a Pablo cuando, al fin, su enorme conflicto interior se resolvió. Pablo descubrió que sus temores, su lado oscuro y sus deseos inaceptables eran conocidos, aceptados, amados y transformados. Había sido invitado al amor de Dios, “tal como soy, en aflicción”, según dice un conocido himno. El amor de Dios revelado en Cristo lo había envuelto y abrazado. Su agitación interior se había disuelto. Pablo fue liberado no de su naturaleza esencial sino del juicio que pesaba sobre ella; fue liberado de su autorrechazo, de su aversión hacia su naturaleza, de su creencia en su merecimiento de rechazo y de muerte por su forma de ser. Ahora era libre para vivir, amar y ser porque tal como era había sido “cogido por Cristo Jesús” (Filip. 3:12).

El fragmento de Pablo que me lleva más poderosamente a esta conclusión es precisamente aquella parte del corpus paulino a la que los literalistas actuales recurren para apoyar sus temores y su rechazo de las personas homosexuales, y que justo citan como un argumento tomado de las Escrituras de cara a mantener su prejuicio. Me refiero a los versículos del principio de la Carta a los Romanos (1:18-32); versículos que me parecen muy reveladores. Pablo, tras argumentar que el justo –es decir, él mismo– vive por la fe, desarrolla una línea de razonamiento cuyo fin es indicar que Dios se ha revelado a todos los pueblos a través de la creación. Luego, añade que quienes no discernen la verdad de Dios en la creación y, por consiguiente, no adoran a Dios apropiadamente, se ven entregados, como castigo, a la inmundicia y a los apetitos de sus corazones, de modo que deshonran sus propios cuerpos (Rom. 1:24). “Por eso – continúa–, Dios los entregó a pasiones vergonzosas pues incluso sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza; y del mismo modo también los hombres, quienes, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos, hombres con hombres, recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío” (Rom. 1:26-27).

Antes hemos dicho que Pablo nunca antes había estado en Roma. Tal vez había oído de algún viajero que la homosexualidad era frecuente en ella, igual que en otras ciudades del mundo romano; así que Pablo interpretó aquel dato a la luz de su propio conocimiento y experiencia. La extensión de aquella práctica era el juicio de Dios sobre quienes no lo discernían correctamente. Sospecho que su negatividad en este juicio fue

la misma que encendió antes su propio y apasionado esfuerzo para ajustarse a la Tora y por ser más que sus semejantes en el celo por las tradiciones. Por eso fue fanático en su comprensión de la verdad y por eso se vio obligado a asegurarse de que adoraba a Dios apropiadamente. El juicio, argumentaba, no sería según la Ley para quienes no conocían la Ley, pero sí que sería según la Ley para los que la conocían. Sin embargo, el juicio estaba pensado para convencer, tanto a unos como a otros, de que, separados del infinito amor de Dios y de la gracia de Cristo, no había esperanza. Creo que estos versículos son indicativos de la lucha interna de Pablo como judío; lucha que lo llevó, finalmente, a exclamar su famosa secuencia: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! (Rom. 7:24-25). Pablo escribió los famosos versículos primeros de la Carta a los Romanos tras la victoria que había alcanzado. Pero los escribió también consciente de la lucha que había padecido y, por otra parte, en términos deudores de la muy limitada comprensión de la realidad con la que él podía definirse a sí mismo conforme a la mentalidad común de su época.

Lo que es claro es que lo único que explica el sentido de la vida fanática de Pablo como judío observante de la Tora; de su época de perseguidor; y de su conversión radical más el éxtasis en el que comprendió lo que significaba vivir su vida “en Cristo”, es el hecho de que él creía estar poseído por una fuerza o por un demonio interno. No creo que su aguijón pudiese ser epilepsia o cualquier otra debilidad física. No veo en sus escritos nada que revele en él algún tipo de enfermedad mental, depresión maniática o paranoia. No creo que hubiese soportado los rigores de su vida si hubiese tenido un trauma que lo hubiera debilitado física o mentalmente. Identificar el “aguijón en la carne” con la oposición de los judíos, o con su fracaso en el intento de que respondiesen a su proclamación del evangelio los aún judíos y los cristianos judaizantes, es no tomar en consideración las fuerzas psicológicas que ya se habían manifestado en su celo inicial, en sus actos de persecución y en su conversión.

Sólo una cosa me parece que encaja con todos los datos conocidos. Pablo vivió sujeto a una crisis interna de identidad que, por lo que parece, no fue visible y no afectó a su condición física. Tuvo que ser un mal definido y tratado por él tal como la gente judía del siglo I lo definía y lo trataba. Esto debió de influir en el autorrechazo y en los aspectos de autodenigración que hay en sus escritos. Tuvo que producir un frenético intento de represión so capa de piedad, oración y estudio. Tuvo que formar parte de su personalidad de un modo tan profundo que él no pudiera ni “curarse” ni “deshacerse” de ella. Tuvo que encontrar expresión en lo que él decía y hacía porque era parte de su ser. Tuvo que ser algo superable pero no cambiándolo sino aceptándolo. En mi mente nada encaja mejor con todos estos datos como la posibilidad (yo diría que probabilidad) de que Pablo fuera gay; un gay a quien la Tora enseñó a odiar a la gente homosexual; un gay que creía que ser homosexual era una distorsión de la imagen de Dios en su interior y el resultado de una forma impropia de adoración.

Ninguna otra cosa encaja tanto en el Pablo judío que se consagra a vencer al “mensajero de Satanás” y que se dice a sí mismo que esta realidad que experimenta interiormente no es él sino el “pecado” que habita en él. Ninguna otra cosa encaja tanto con el Pablo que primero es un fanático religioso y luego un perseguidor de cristianos

en cuanto éstos comienzan a desestabilizar su riguroso sistema de seguridad. Ninguna otra cosa descubre mejor el sentido de una experiencia de conversión tan total como la suya; tan total que, tras ella, él ya nunca más querrá ni aceptará que dicha Ley corrompa la libertad encontrada en Cristo Jesús por él y por muchos otros. Ninguna otra cosa explica tan claro sus sentimientos de fondo hacia los cristianos que quieren volver a la Ley y a sus prácticas después de haberlas dejado; con lo que comprometen el Evangelio so capa de salvar la concordia en las iglesias cediendo a las demandas de los judaizantes de Jerusalén.

Creo que fue precisamente un hombre gay, de nombre Pablo de Tarso, a quien su religión y su sociedad habían hecho reprimir y odiar lo que él sabía que él era, quien, finalmente, aportó a la fe cristiana la comprensión de la libertad y de la gracia provenientes del amor inmerecido, recibido de Dios y encontrado en Jesucristo. Pablo fue alguien que estaba seguro de que su destino final sería el rechazo en el caso de que la gente supiese quién era él realmente; fue alguien que había temido que iba a ser imposible que Jesús lo aceptase; pero fue también alguien al que el amor de Dios lo abrazó y lo llamó para ser aquello para lo cual Dios lo había creado. Tal fue el mensaje poderosamente transformador que Pablo escuchó. Tal fue su comprensión de la libertad y de la gracia; la pura gracia de Dios.

El mensaje de la gracia y de la libertad es un mensaje poderoso y universal. De modo que, si esta reconstrucción especulativa de Pablo que acabo de exponer es justa, necesitamos reconocer que, aunque sólo un cinco o un diez por ciento de la población sea homosexual, todos los humanos tenemos un lado oscuro (un lugar de sombra, como diría Jung); un lado oscuro por el cual sentimos que, si se conociese, seríamos inaceptables para los demás como para nosotros mismos. La mayoría de la gente se esconde de sí misma y de los otros basándose en un profundo sentido de autorrechazo. Se trata de una experiencia humana universal. El Dios que Pablo creyó encontrar en Jesucristo nos invita, y no sólo –obviamente– a los gays sino a todo el mundo, a ir a él tal como somos para descubrir y vivir así, interiormente, el infinito amor de Dios; para admitir las propias sombras como parte de lo que somos y para vivir como alguien aceptado, amado y transformado tal cual es, y dejar por fin de despreciarnos a nosotros mismos. Tal es el don que Saulo/Pablo de Tarso expresó como lo esencial de Jesucristo. Fue un don poderoso que todavía es una buena noticia en el mundo. Este don puede encontrarse en las Cartas de Pablo, cuya lectura recomendamos. Pero sus palabras deben leerse sin separarlas del complejo contexto que marcó la vida de quien las escribió. Al introducir brevemente a Pablo, tanto de forma externa como interna, mi esperanza es que, mediante este escrito, sus palabras puedan leerse con una comprensión más profunda.

#### **NOTAS AL TEXTO**

17. En el libro de los Hechos, se referían a los cristianos como los que seguían “el Camino.” Ver Hechos, 9:2, 19:9-23, 24:22.

18. Palabras de un conocido himno evangélico.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barrett, C. K. *The New Testament Background: Selected Documents*. London: SPCK, 1987.
- Conzelmann, H. *I Corinthians – A Commentary on the First Epistle to the Corinthians*. Philadelphia: Fortress Press, 1975.
- Cullman, O. *Peter: Disciple, Apostle, Martyr*. London: SCM, 1953.
- Dodd, C. H. *The Epistle of Paul to the Romans*. London: Hodder and Stoughton, 1949.
- Ellis, E. E. *Paul's Use of the Old Testament*. Grand Rapids, MI: Eerdsma's, 1981.
- Furnish, V. P. *II Corinthians*, Anchor Bible. Garden City, NY: Doubleday, 1984.
- Haenchen, Ernst. *The Acts of the Apostles*. Philadelphia: Westminster, 1971.
- Hennecke, E., and Schneemelcher, W. *New Testament Apocrypha*. London: Lutterworth, 1965.
- Knox, J. *Chapters in a Life of Paul*. Nashville: Abingdon, 1950.
- Kummel, W. G., *Introduction to the New Testament*. London: SCM, 1975.
- Meeks, W. *The First Urban Christians: The Social World of the Apostle Paul*. New Haven, CT: Yale University Press, 1983.
- Murphy-O'Connor, Jerome. *Paul, A Critical Life*. Oxford: Clarendon Press, 1996.
- Nock, A. D., *St. Paul*. New York: Harper & Bros., 1937.